

RECENSIONES

LECERF, JEAN: *Histoire de l'unité européenne*. París, Gallimard, 1965, 382 págs.

Dentro de las realidades que ofrece la escena internacional contemporánea, hay una de singular relieve: la tendencia hacia la unidad de Europa.

¿Cómo se está convirtiendo en realidad la unión de Europa, en tiempos un sueño?

Explicar el proceso de tal realización, es el objeto del estudio de Jean Lecerf, uno de los más atentos historiógrafos de la existencia europea, en contacto permanente con los actores de la gran revolución europea (uno de los puntos clave de nuestra época).

Ahora bien; hagamos una advertencia previa: la historia que relata el libro reseñado es historia reciente: la de la Europa posterior a la terrible conflagración 1939-1945.

* * *

De la Europa tímida y balbuciente de los primeros momentos (1946-1950), se escogen algunos hitos fundamentales: Zurich, 1946; movimientos europeos y Consejo de Europa; Benelux, y O. E. C. E.

El siguiente capítulo se dedica al éxito de la C. E. C. A.: sus inspiradores, el problema «enteramente nuevo» de un mercado común, la obra de esta «gran novedad histórica, ingeniosa combinación de poderes». En esencia, a juicio de Lecerf, la C. E. C. A. preparaba «la atmósfera necesaria para otras iniciativas» (pág. 49). Desde el punto de vista técnico, esta Comunidad ha sido un buen preludio del M. C. E. (pág. 48). Y, por encima del fracaso de su prolongamiento—la Comunidad Europea de Defensa, que se estudia—, lo esencial a subrayar aquí es que la C. E. C. A., aun sin éxitos espectaculares, ha calmado los vagos temores de los tradicionalistas, ha probado que era posible una *mise en commun* y ha dado la señal de partida a una vida europea. Fundamentalmente, *la C. E. C. A. ha creado un método...*

Que Europa seguía adelante en la ruta de la integración, nos lo explica un extenso apartado (págs. 53-90) consagrado—bajo el título *De Mesina a Roma*—a la Comunidad Económica Europea y a la Comunidad Europea de Energía Atómica, entrando en las peculiaridades de la gestación, la labor de redacción de los Tratados y el análisis de los densos textos—muy densos—.

La primavera de Europa es el rótulo del capítulo en que se valoran la puesta en marcha de las nuevas estructuras de la construcción europea y el paso a la segunda etapa del Mercado Común, con la primera gran crisis de la C. E. E., dominada por el problema agrícola. En este contexto, el autor inserta un acontecimiento político interno, grave en consecuencias para toda la Comunidad: la llegada del general De Gaulle al Poder.

Cierra esta primera parte la estimación del intento de Unión Política Europea concretado en el Plan Fouchet.

* * *

Tenemos que la Europa de los Seis debía ser una especie de núcleo alrededor del cual se federarían otros países. Al menos, tal era la esperanza desde el primer día de su alumbramiento. Ahora bien; de hecho, esto no era nada sencillo.

Pues bien; la finalidad de la segunda parte del libro comentado es trazar la historia de las fórmulas intentadas para superar esas dificultades. En esta dirección, primeramente se analiza la Zona Europea de Libre Comercio, precisando las diferencias entre unión aduanera y zona de libre comercio, los intereses en juego, la realidad del Mercado Común a los ojos de los industriales británicos y los acontecimientos que conducían a la llamada pequeña Zona de Libre Comercio. El autor presenta la historia de la creación de esta área, hace reflexiones sobre los países marítimos y los continentales y, en tal tesitura, se refiere al «profundo individualismo de los países de la Zona». Aún más. Nos dice: «Los Seis han decidido constituir una familia. Los otros no quieren más que una parentela» (pág. 169).

Seguidamente se estudia la candidatura del Reino Unido para la incorporación a la C. E. E. Punto que es enjuiciado como hecho del máximo relieve. Basta señalar que ella llevaba consigo otras candidaturas de adhesión y asociación y el ofrecimiento americano de *partnership*. En tal coyuntura, la Comunidad Económica se convertía, en cierto modo, en el centro del mundo.

Pues bien; del gran asunto de la petición de Londres se abordan tres grandes aspectos: 1.º La candidatura de la Gran Bretaña con sus móviles, sus objetivos, las conversaciones, etc., etc. 2.º El papel de la Commonwealth en esta cuestión, con las dificultades y las reacciones. 3.º El debate político desarrollado en la Gran Bretaña en torno al Mercado Común, al mismo tiempo que se celebraban las conversaciones de Bruselas. 4.º La decisión del Gobierno francés de oponerse a la entrada de Inglaterra en la C. E. E., examinándose la conferencia de Prensa del general De Gaulle y las razones de su gesto. Lecerc habla de «la manera brutal y despreciativa» con que el general-presidente conducía este asunto.

A continuación, se pasa a la evocación de las tentativas de otros países para incorporarse al Mercado Común. En primer lugar, se registran los casos de Dinamarca, Noruega e Irlanda. Después se delimitan las posiciones de los «neutros» (Suiza, Austria y Suecia: los llamados candidatos difíciles). También se enjuicia la cooperación entre la C. E. E. y sus asociados africanos, que aporta a éstos la posibilidad de un excelente sitio para la gran carrera hacia el desarrollo. Ahora bien; la condición es conseguir la reducción de sus fronteras y la creación de un gran mercado (pág. 283).

Pone fin a esta parte una evaluación de la asociación de Grecia y Turquía a la C. E. E. y la demanda española de adhesión (vista como «la medida más importante tomada por [nuestro] país desde el final de la guerra» 1936-1939).

* * *

Lo que pudiéramos llamar *la Europa del futuro*, constituye el tema de la tercera parte. En ella se desgranarían las distintas facetas de tan incitante problemática: a) las «pruebas» pasadas por el Mercado Común (con perfiles tan interesantes como el hecho de ser Italia el gran vencedor de los primeros años del Mercado Común, el fantasma de la inflación, la agricultura, etc.); b) las relaciones con los Estados Unidos (concepción de la *partnership*, *Kennedy Round*, etc.); c) la presencia del Mercado Común en el corazón de todos los grandes problemas de la economía mundial (posiciones de Europa Oriental, África y el tercer mundo ante la C. E. E.).

El panorama en 1970 (y después) se entrevé a base del enfoque de los siguientes puntos: 1.º Fusión de los Ejecutivos (reforma relativamente fácil, al parecer de Lecerc), prólogo de la de las Comunidades (tres experiencias a fundir). 2.º Acciones convergentes, en un futuro próximo, con vistas a que los Seis se conviertan en un solo conjunto económico. 3.º Perspectivas de Unión Política (relanzamiento de la idea: planes de 1964).

* * *

¿Conclusión?

Obsérvese que el volumen comentado nos ha conducido alegremente hasta la víspera de los días del fracaso de las negociaciones sobre el financiamiento de la «Europa verde» (mediados de 1965). De ahí el interés del testimonio representado por la monografía de Lecerf.

El autor se esfuerza por mostrar el secreto del dinamismo europeo, del que parece vivamente partidario. Y ello se hace echando mano de la anécdota, narrando las conversaciones de ministros escuchadas entre *deux portes* y trazando retratos de personajes.

Y, para aprehender el sentido de la dialéctica del volumen comentado, ha de consignarse—según señala Jean Monnet en el prólogo al mismo—que Lecerf es de los hombres que han comprendido cómo, para resolver los problemas de los Estados de Europa, éstos deben unirse y establecer instituciones comunes que les permitan actuar juntos, desde el momento en que el cuadro nacional tradicional se ha convertido en algo demasiado estrecho.

En todo caso, tras la lectura de la obra aquí registrada, los hechos de la política europea diaria se miran con un poco más de filosofía.

¡No están de más las contribuciones de ese estilo, ante el zigzagueante caminar en pos de una eficaz unidad europea!

LEANDRO RUBIO GARCIA.

SMITH, GADDIS: *American Diplomacy During the Second World War*. John Wiley and Sons, Inc. New York, 1965, 194 págs.

Es completamente posible que Winston Churchill haya muerto con el convencimiento de que el curso de la historia en la postguerra hubiese sido radicalmente distinto de haber tenido él ocasión de ir a Moscú, como *premier* británico, por supuesto, para dialogar personalmente con Stalin. En más de una ocasión dió a entender, por lo menos, que la actitud que había adoptado la Unión Soviética, apenas terminada la segunda guerra mundial, era en gran parte la consecuencia del cambio que se había producido, y de manera muy especial aquel extraordinario y hasta sensacional eclipse político que había él sufrido en el verano de 1945. Desaparecido él de la escena política, muerto Roosevelt un año antes, sólo quedaba Stalin de los tres grandes que habían llegado a dominar el escenario internacional de una manera poco menos que absoluta. Casi podía llegarse a la conclusión de que era natural que Stalin no tuviese la más pequeña consideración para lo que quedaba en torno suyo, cerca o lejos. En consecuencia, podía ser natural también que tuviese el convencimiento de que su influencia había de ser necesariamente total y decisiva. Si Churchill hubiera tenido ocasión de hablar con él, para convencerle de lo muy equivocado que estaba, ¿podrían haber sucedido las cosas en la forma en que sucedieron?

Pero, cualquiera que fuese el convencimiento de Churchill, de mucha mayor importancia—y trascendencia—para el desarrollo de los acontecimientos y la orientación que han seguido habrá sido, es de suponer, la idea que Franklin D. Roosevelt pudiese haberse formado de la posición y la influencia que su país ocupaba en el mundo al estallar una guerra para cuya descripción nunca ya sería fácil encontrar puntos de comparación adecuados. Esta impresión se calca con fuerza irresistible como la nota más llamativa y característica de este libro sobre la diplomacia de los Estados Unidos en los años de 1941 a 1945, de su participación en la segunda guerra mundial.

Aparte la preocupación que tenía Roosevelt, sin duda, por no caer en las equivocaciones y los errores cometidos por Woodrow Wilson en los días de la primera guerra mundial, que dejó planteados muchos más, y mucho más graves, problemas que los que pudo haber resuelto, lo fundamental aquí es que Roosevelt tenía de la guerra y del mundo en que se estaba desarrollando unas ideas muy distintas y contrarias a las que tenían los gobernantes ingleses. La casualidad, el destino o lo que fuese llevó a Ingla-

terra y a los Estados Unidos a encontrarse en alianza con la Unión Soviética en esta ocasión, pero con una gran diferencia entre sí. Por lo menos, en la actitud. Y quizá también en el comportamiento.

Es posible que todo fuese, en definitiva, una cuestión de carácter y del ambiente en que se había desarrollado. En los Estados Unidos se solía—ya no tanto, porque la situación había cambiado mucho, sin duda, en cosa de pocos años—, ilustrar la diferencia entre un norteamericano y un inglés al decir que éste empezaba a tener confianza en lo que hacía cuando estaba convencido de que lo hacía como antes lo había hecho su padre; esa confianza alcanzaba el punto de seguridad absoluta al confirmarse que esa misma había sido la manera de hacerlo del padre de su padre. Para el norteamericano, en cambio, bastaría que alguien observase que lo que él hacía era lo que también había hecho su padre para empezar a sentir dudas muy serias sobre todo ello; esas dudas dejaban paso al convencimiento de que estaba absolutamente equivocado al hacer el descubrimiento de que ya su abuelo hacía aquella misma cosa de la misma manera. Lo malo, lo peor de todo, en el norteamericano era cualquier posible apego a la tradición. En ese caso y con semejante actitud, ¿qué de particular tiene que la tesis fundamental de este libro del profesor Smith sea precisamente el demostrar que había una diferencia radical entre la manera de ver y comprender la alianza con la Unión Soviética de Inglaterra y los Estados Unidos?

Para el presidente Roosevelt—y para sus principales consejeros y ayudantes, por supuesto—no había duda sobre un aspecto fundamental de la cuestión: toda la actitud de hostilidad, de antagonismo, de agitación y de lucha incluso contra el mundo occidental y capitalista de la Rusia soviética, tenía una explicación tan fácil como sencilla. Era la reacción inevitable del gigante, con mucho poder ya y con la decisión de verlo muy aumentado en el futuro, que había estado sometido a malos tratos evidentes, a burlas, desaires, ataques y, en fin, demostraciones inconfundibles de enemistad.

Aquella actitud podría cambiar, cambiaría con toda seguridad, sin más que un cambio de actitud por parte del Occidente en el trato y las relaciones con la Unión Soviética. Esto no sólo era conveniencia: era también necesario.

Por otra parte, estaba el concepto que el presidente Roosevelt tenía de la Gran Bretaña, aliada y amiga—no siempre—de los Estados Unidos. La casualidad presentada en la forma de antecedentes históricos, intereses que acentuaban la importancia de ciertas afinidades políticas y sociales, había colocado en el mismo campo a las dos grandes potencias—una, pasado ya el pináculo del poder y la gloria, pero todavía con tanto esplendor, que más de una vez hacía posible llegar a conclusiones un poco precipitadas; la otra, avanzando con mucha prisa en esa dirección—. Pero en condiciones que parecían ser muy diferentes y con actitudes tan distintas que alguna vez pudo pensarse en que eran absolutamente contradictorias.

Para salir de la situación a que se había llegado, hacía falta, por un lado, tratar a la Rusia soviética con simpatía y generosidad: a la Gran Bretaña con tacto y, sin duda, con firmeza, porque había mucho en ella que sería forzoso modificar y cambiar en bien de la humanidad y de unas futuras relaciones pacíficas.

No hay duda, pues, que la diplomacia de los Estados Unidos durante estos años críticos tenía como norte el cambiar la actitud y el comportamiento—la influencia también, por lo tanto—de la Gran Bretaña, no de la Unión Soviética. Con una tesis así—la tesis del profesor Smith—, resulta fácil comprender Yalta, Potsdam y muchas cosas. Y, desde luego, no faltan argumentos en los que apoyarla de una manera resuelta, como, por citar uno tan sólo, la casi eterna, interminable pugna entre Londres y Washington, entre Churchill y Roosevelt, sobre el segundo frente. Roosevelt y sus consejeros, empezando por el general Marshall, en este caso concreto el más importante de todos, estaban fundamentalmente de acuerdo con Stalin en que hacía falta el segundo frente y que debía ser abierto por el occidente, por Francia. Churchill y sus consejeros, militares y políticos, no llegaron nunca a sentir la necesidad, y menos todavía la prisa por ese segundo frente, tal y como era concebido y comprendido por Moscú y Washington. Mucho mejor, mucho más fácil y mucho más provechoso, a la larga, habría de ser el desarrollo «ordenado» de la guerra para ir concentrando la atención en los puntos más vulnerables,

que eran los que apuntaban hacia los lugares y zonas donde había mayores intereses, materiales y de otras clases, de la Gran Bretaña y por donde, además, resultaría de especial interés colocarse a tiempo para alzar medios adecuados de contención contra la expansión del poder comunista una vez terminada la guerra, que algún día habría de terminar. Mientras se luchaba para debilitar, gastar y, al fin, contener, para después destruir, el poder nazi, hacia mucha falta pensar en el futuro, como pensaban, sin duda, los gobernantes ingleses, mucho más experimentados y capaces, por consiguiente, que los norteamericanos.

Proceder de otra forma sería grave equivocación y quizá hasta el error que hiciese posible continuar repitiendo en el futuro, lo que de tanto repetirlo en el pasado, se había convertido en una de las frases hechas de mayor circulación y que abre el prólogo de este libro. Robert A. Devine, director de una serie de ocho libros sobre la historia de la diplomacia norteamericana, con el título general de *América in Crisis*, recuerda que «los Estados Unidos siempre ganan la guerra y pierden la paz». Esto, que más que una definición es una queja, es, de hecho, la repetición y reiteración del descontento, intelectual sobre todo, que por los Estados Unidos han solido dejar las guerras, todas las guerras.

Como suele suceder, ni las frases hechas, ni los axiomas, ni los proverbios, ni tantas otras cosas establecen con carácter definitivo verdades y principios. Son más a menudo la expresión epigramática de una verdad o de una situación determinada y localizada, en el lugar no menos que en el tiempo. Pero suelen tener el mérito de producir impresión mucho más allá de la ocasión en que han podido reflejar—y resumir—un estado de ánimo determinado. Así, el mismo profesor Devine advierte que, por ejemplo, los Estados Unidos a duras penas escaparon sin la derrota de la guerra de 1812 y se vieron forzados a la aceptación de una situación de tablas en el campo de batalla de Corea, cuando ya se habían transformado de una nación que no hacía tantos años que había empezado a moverse con alguna soltura por el campo de las relaciones internacionales—y de las guerras—, en la potencia mayor y más impresionante que el mundo ha conocido.

Pero se podría decir que, hasta ahora, de todas las guerras en que los Estados Unidos han intervenido, que no han sido pocas, ha salido mucho descontento, acaso por acabar teniéndose la impresión—teniéndola, por lo menos, un sector de la población—de que la guerra que había empezado con un pretexto o una justificación, acaba siempre en algo que podía inducir a pensar en el fraude o el falseamiento.

Y como las guerras tienden a ser más graves, más dislocadoras, más peligrosas, tienden a ser mayor y más honda la desilusión que produce el contacto con una realidad que no se parece en nada a los principios idealizados en que se aseguró que había de estar cimentada. En este caso concreto, se ha contado con una ayuda—un agravante—especial: la sospecha primero, el convencimiento en seguida, de que la actitud mantenida por los Estados Unidos a lo largo de toda la segunda guerra mundial, la actitud de Roosevelt y sus consejeros, no sólo había sido una tremenda equivocación, sino que estaba teniendo consecuencias muy graves, acaso de tal naturaleza, que no hubiese más remedio, a la larga, que acabar en otra confrontación. Esta vez, claro, entre los Estados Unidos y la Unión Soviética.

No todo el mundo, dentro de los Estados Unidos, estaba de acuerdo con el presidente Roosevelt en unos momentos como aquellos, para algunas cosas decisivos. La discrepancia, la disconformidad, el descontento son factores básicos en la vida, la individual y la colectiva. Pero los que no estaban conformes entonces, carecían de autoridad y, sobre todo, de fuerza para imponer un cambio radical en la marcha de los acontecimientos. No les quedaba otro recurso, en el mejor de los casos, que esperar a que las consecuencias de lo que estaba entonces sucediendo les fuesen dando la razón. O creyesen, en cualquier caso, que les iban dando la razón.

Eso se vió en el aspecto general de la cuestión, no menos que en los detalles. Ya nadie se acuerda, por ejemplo, de la promesa del almirante Halsey de entrar en Tokio montado en un caballo blanco—incluso se llegó a fabricar una lujosa silla de encargo, que le fué enviada por sus admiradores con tiempo para ensillar el caballo—que era símbolo

RECENSIONES

de la casa imperial japonesa—, que parecía resumir por el Oriente lo que por el Occidente se tradujo en la rendición incondicional y la caída total, absoluta, del régimen nazi. Pero en este caso prevaleció la opinión—la influencia—discrepante, representada por Stimson, secretario de la Guerra, y Grew, secretario interino de Estado, cuya actitud se resume así en este importante libro: «Desarme, pérdida del territorio, conquista y erradicación del militarismo, sí. Destrucción nacional, esclavitud individual o negación de la autodeterminación política, no.» Pero la situación era distinta, aparentemente, en el Oriente.

JAIME MENENDEZ.

BERGER, MONROE: *El mundo árabe actual*. Colección «Tercer mundo». Sur, editor. Buenos Aires, 1964, 328 págs.

Casi siempre que en conjunto se trata, desde sectores más o menos europeos, de las cuestiones relacionadas con el moderno mundo árabe, lo que más sorprende es ver cómo los comentaristas suelen fundirlo y confundirlo con otros sectores del Cercano Oriente y el Continente africano, o identificarlo con el islamismo religioso que nació entre los árabes, pero luego ha seguido unos rumbos divergentes dentro y fuera del arabismo. El profesor anglosajón Monroe Berger, es uno de los autores no-orientalistas que ha puesto mayor empeño en comprender y hacer comprender la esencia de lo árabe contemporáneo. El ha llamado empeñadamente la atención respecto al hecho de que a menudo: «es pavorosa la ignorancia que se tiene en Occidente del mundo árabe». Ha dicho: «La falta de conocimiento que se tiene de los árabes no es menor que la falta de simpatía por ellos.» Ha señalado lo absurdo del brusco vaivén por el cual unas veces se olvidan del todo los asuntos árabes, y otras sólo aparecen en los diarios bajo grandes titulares inquietantes.

Algunas de las causas evidentes de tales contrasentidos son explicadas por Monroe Berger recordando, por ejemplo, que grandes sectores de los medios de información mundial están puestos al servicio de determinados intereses expansionistas en varios países del Oriente árabe; aludiendo a la poderosa influencia de la propaganda sionista sobre los grandes poderes mundiales, y recordando que la existencia en países árabes de los mayores recursos petrolíferos desorbita los problemas. El libro de Monroe Berger sobre la arabidad actual, que ha aparecido en una edición de lengua española, no pretende remediar de un golpe todos los errores y las desorientaciones de información, pero aspira esencialmente a «ver cómo los árabes viven, trabajan, educan a sus hijos; en fin, qué es lo que hace que sean como son».

En realidad, estos propósitos aclaradores del referido autor quedan muy limitados en extensión e intensidad, porque su campo de observación y estudio se ha reducido a sólo cinco países entre el total de trece Estados y media docena de núcleos sueltos que componen el total del arabismo. Estos países son Egipto, Siria, Líbano, Jordania y el Iraq. A pesar de tal limitación geográfica, el empeño de escogerlos como puntos de análisis de una realidad de conjunto, resulta bastante justificado. El autor dice de los cinco que ellos constituyen a la par el corazón y el punto de concentración de las muestras más avanzadas del genio árabe, y que son el grupo más homogéneo dentro del mundo mucho más vasto de la arabidad dispersa. Pero también puede señalarse que el grupo de esos cinco es el que se extiende sobre el sector a la vez más central y más dinámico del que fué el «Antiguo Oriente»; es decir, el del arco tendido entre el Nilo y el Tigris.

Una tercera circunstancia esencial del sector que va desde El Cairo hasta Bagdad es el de sus vinculaciones más antiguas y directas, con la evolución moderna de Europa Occidental, desde la Revolución francesa hasta la segunda postguerra mundial y la «guerra fría». Si Egipto fué uno de los primeros campos esenciales de las campañas de Napoleón Bonaparte, Egipto ha sido también en nuestros días el país donde se definió

el «tercer mundo» y el «neutralismo positivo». La mayor vinculación a lo europeo explica, por otra parte, el interés que han presentado y presentan las realidades árabes de las influencias culturales inglesas y francesas; así como sus rumbos respecto a la descolonización.

Este es precisamente uno de los campos de estudios más sugestivos de la obra de Monroe Berger. Así, por ejemplo, dentro de su apartado sobre los cambios en la acción árabe, detalla la trayectoria de las paradójicas tendencias que los países árabes han venido mostrando a medida que el eclipse del poder de las potencias coloniales les ha venido dando mayor facilidad para modelar sus propias instituciones. Casi todos esos países (con la sola excepción del Líbano) demolieron las estructuras políticas de partidos, parlamentos y elecciones, que habían sido erigidas durante los años de las ocupaciones e influencias extranjeras; pero al mismo tiempo han tratado de encaminarse hacia sistemas técnicos y civiles de estilos europeos. Sobre esto explica Monroe Berger que si los Estados árabes rechazan las formas políticas europeas occidentales en general, no lo hacen por hostilidad ni incompatibilidad, sino para acoger sólo aquellos detalles de la tecnología y las relaciones sociales que puedan elevar los niveles de vida y aumentar los poderes nacionales.

Dentro del grupo de los Estados del lado arábigo próximo-oriental que estudia Monroe Berger, el más saliente de los fenómenos de transformación ha sido el de los regímenes militares. Con la sola excepción de Jordania (y eso por su papel especial dentro el antiguo conjunto palestínés), los otros cuatro Estados se han reedificado entre 1952 y 1958 a base de diferentes formas de acción militar oficial. En los regímenes militares árabes, nuevos grupos sociales han sido incorporados a la vida política; como, por ejemplo, los obreros urbanos a través de los sindicatos, los campesinos a través de las reformas agrarias y las cooperativas dirigidas por el Estado, los beduinos a través de la sedentarización, las mujeres a través del derecho al voto, etc. Al mismo tiempo, los regímenes militares han extendido la educación con la mayor intensidad, hasta el punto de que en algunos de los cinco países el analfabetismo está a punto de desaparecer. También se han aumentado los medios de comunicación, a la vez que la acción de la televisión, con la cual se llega hasta todos los sectores de la población.

Hay, sin embargo, un reverso pasivo y un factor de retraso consistente, sobre todo, en la indiferencia de las masas rurales, que en gran parte viven aún empobrecidas. Tampoco han desaparecido muchos de los resortes técnicos del poder económico, que continúan en manos de los ex grandes terratenientes, los grupos comerciales tradicionales y ciertas categorías de profesionales. Otro factor muy potente (y acaso el más potente) lo constituyen las lealtades familiares de los grupos raciales y comunales, los clanes, las tribus y los linajes patriarcales. Y, por último (incluso teniendo en cuenta la gran influencia político-cultural que ejercen los árabes cristianos), Monroe Berger llama la atención sobre el arraigo del legado del Islam, y la supervivencia de los elementos aislados de una doctrina religiosa que incluso en el día de hoy no concibe las separaciones entre lo coránico y lo estatal.

En general, el estudio del nacionalismo arábigo moderno es considerado por el referido libro como un esfuerzo para crear una nueva conciencia propia del árabe, una nueva identidad. Durante siglos, los habitantes del cercano Oriente parecieron a Europa ser demasiado religiosos, indolentes, pacientes y graves; en fin, personas faltas de ambición, que vivían en un mundo angosto, circunscripto y, sobre todo, estático. Entretanto, Europa había pasado por brillantes períodos de exploración geográfica, descubrimientos científicos, progresos tecnológicos y prosperidad económica. Hasta tal punto se había extendido esta imagen, que muchos árabes llegaron a aceptarla. Pero el nacionalismo procura hoy modificar tanto la imagen que el árabe tiene de sí mismo, como su concepción del mundo. Los árabes contemporáneos miran hacia atrás, para buscar un pasado común que incluye la descendencia, el lenguaje y las costumbres; pero también miran hacia adelante para avizorar un futuro común que quieren sea mejor que su pasado reciente. Un futuro común basado en la convicción de que todos los pueblos de orígenes o de vinculaciones árabes han de ser afectados de modo similar por lo que acontezca en el mundo. Tanto su bienestar colectivo, como su condición moral y sus niveles de vida, han

RECENSIONES

pasado a ser considerados en función predominante de la condición de árabes o de arabizados.

A pesar de tal evidencia, la consecuencia principal de la obra de Monroe Berger es que tan profunda ha sido en el Oriente árabe la influencia de las potencias europeas occidentales, que hoy no existe ninguna faceta de su vida local que no pueda considerarse afectada por ella. Aunque ahora el mayor impulso hacia el cambio entre los árabes esté, en la medida principal, orientado y dirigido por ellos mismos.

RODOLFO GIL BENUMEYA.

KAPUR, HARISH: *Soviet Russia and Asia, 1917-1927*. Imprimerie Genevoise, Victor Chevalier. Ginebra, 1965, 266 págs.

En presencia de un fenómeno como el que representó la Unión Soviética, a caballo de dos continentes y ocupando una enorme porción de ambos, surgen dos consideraciones especialmente llamativas. Por un lado, la persistencia de la marcha de los reyes de Moscovia por el continente asiático adelante, empezando sobre todo con la conquista de Kazan por Ivan Grozny, en 1552, y continuando de manera casi ininterrumpida hasta los comienzos mismos del siglo actual, cuando la tremenda derrota rusa a manos del Japón pudo producir la impresión de que se había alcanzado el fin definitivo de un vasto proceso expansivo. Por el otro, la aparente facilidad con que el comunismo, recién establecido en Moscú, consolidó posiciones en un ambiente que se podría esperar que le fuese hostil y al que no parecía, de momento, tener especial interés por mantener, y menos todavía por ampliar en la forma tradicional.

A la vista de una situación para la que no se encuentran, en realidad, antecedentes adecuados—no tanto por el lado de la expansión, que se ha dado una y otra vez en todos los tiempos y edades, por lo menos hasta unas fechas relativamente recientes—, lo verdaderamente sorprendente no está tanto en la expansión en sí como en las condiciones que la convirtieron en una especie de constante histórica, que es, sin duda, lo que mueve a Harish Kapur a preguntarse cuáles han podido ser las razones que han impulsado a Moscovia a marchar adelante, primero por las llanuras euroasiáticas, y en seguida a lo largo del continente asiático, hasta alcanzar el Pacífico por un lado y ocupar grandes extensiones del Asia central por el otro.

Siempre se va a parar a lo mismo: a que, aparte «las razones usuales como la gloria nacional, etc., había, sin embargo, un número de consideraciones vitales», entre las que, en primer lugar, figura la necesidad apremiante de «hallar una salida a cualquier mar abierto que se encontrase libre de hielo». Pero esto, que apenas justificaría el haber elegido un tema tan apasionante para la preparación de una tesis de doctor en ciencias políticas por la Universidad de Ginebra, puede, con otras cosas y causas, sin duda, explicar, más o menos satisfactoriamente, el empeño, tenaz, persistente, incansable, por buscar una salida, en la dirección que fuese.

Cerca de ella se estaba ya, sin duda, cuando, en los comienzos mismos de la segunda mitad del siglo pasado, no sólo se había alcanzado la costa del Pacífico, y hasta había sido cruzado en una pequeña parte, hasta alcanzar la isla de Sajalín, sino que se había dado comienzo en serio a la progresión hacia el Sur y a lo largo de un frente de gran amplitud—toda la inmensa región que media entre el río Ussuri y el golfo de Tartaria—, con lo que la Rusia zarista se encontraba ya ocupando en la China misma una posición tan privilegiada, por lo menos, como la Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos.

Se podía pensar, por supuesto, en que por este lado se estaba al alcance ya, acaso se tuviese incluso asegurada, una salida a esas aguas templadas que parecían ser la gran aspiración y la fuerza que llevaba adelante a lo que había empezado en un simple ducado de Moscovia, hasta convertirla en la nación de dimensiones geográficas mayor

RECENSIONES

del mundo. Mas una explicación así, apenas podía ser completamente satisfactoria, puesto que, como bien se podía ver, al mismo tiempo que se avanzaba hacia el Pacífico, eso mismo se hacía también en otras direcciones, por el Asia central, hasta llegar a Tashkent y Samarcanda, y aun más allá, acaso con la esperanza, es muy posible, de alcanzar aguas más templadas todavía y más cercanas, por el Golfo Pérsico. Pero, ¿no representaban, al mismo tiempo, esos dos movimientos en estado de rápido desarrollo el peligro del debilitamiento o quizá hasta de la disipación de esfuerzos, sobre todo de tenerse en cuenta que nunca la Rusia de los zares había alcanzado un grado de desarrollo económico lo suficientemente avanzado no ya para justificar, sino incluso para sostener empresas de esa magnitud?

Hay en todo ello algo que no se ha explicado satisfactoriamente. Porque, al mismo tiempo que seguía adelante esa fuerza expansiva tan sorprendente por las dimensiones, la Rusia zarista estaba abierta por otro lado a la penetración de intereses e influencias extrañas en condiciones no del todo disimilares a las que hicieron posible el desarrollo de grandes imperios políticos y económicos. Porque ya se tratase de los grandes yacimientos de oro de la cuenca del Lena o del ferrocarril Transiberiano, de la ayuda técnica que hizo posible, desde los días de Pedro I, la construcción de puertos y canales, y de las inversiones destinadas a la creación de algunas industrias de importancia, se podía tener la impresión de que aquella misma Rusia, cuya expansión parecía irresistible, no se encontraba en condiciones de crear una base económica más que necesaria, indispensable. No, en cualquier caso, sin exponerse a la penetración del capital extranjero.

De esta manera, se daba la circunstancia de que Rusia colonizaba y era colonizada al mismo tiempo. Hasta que «esta inexorable expansión en todas las direcciones colocó, finalmente, a Rusia en conflicto con otras potencias que también se encontraban en proceso de fortalecer su propia posición imperial en las regiones en cuestión».

Todo esto se comprende sin grandes dificultades. Lo que cuesta más trabajo comprender es lo que menos atención recibe en esta ocasión: la aparente facilidad con que la Rusia soviética, desde tantos puntos de vista tan distinta de la Rusia zarista, conservó todo, prácticamente todo, lo que la Rusia zarista había conquistado. Mientras otras grandes potencias imperiales, en condiciones aparentemente mucho más favorables, dado el gran desarrollo económico alcanzado, llegaban a perder con relativa facilidad las posiciones que habían conquistado más allá de sus fronteras nacionales específicas, todo lo que se podía considerar como una conquista imperial, la Rusia soviética se encontró en condiciones no sólo de conservar todas las conquistas realizadas de la Rusia zarista a lo largo y ancho del continente asiático, sino de ampliarlas también, como ha sucedido por Tanu-Tuva y la Mongolia Exterior, por ejemplo.

Parece como si, a pesar del comunismo, el destino de Rusia, con los zares o con los comunistas en el Poder, fuese siempre el mismo, invariable, inalterable, incommovible. «Por espacio de poco más de dos años—advierte el autor de este interesante y no muy satisfactorio libro sobre la Rusia soviética y Asia, ante todo ¡por las demasiadas limitaciones de espacio y de tiempo, lo que basta para darle un carácter en cierto modo episódico—, después de la Revolución bolchevique... Asia no figuró como un factor importante en la política exterior soviética. De hecho, aparte unas pocas declaraciones a través de las cuales la dirección bolchevique renunció a muchas concesiones que la Rusia zarista había adquirido a través de los siglos y algunos llamamientos a las naciones para que se rebelasen contra los imperialistas europeos, apenas si existía política alguna de la que se pudiese hablar en lo que al Asia concernía. Parece que ni siquiera era posible disponer en la capital soviética de información básica sobre lo que en realidad sucedía por Asia.»

Otra vez las mismas equivocaciones que llevaron, en primer lugar, a «casi todos los bolcheviques de primera fila a concentrarse en Europa, donde se consideraba que las revoluciones comunistas estaban a punto de estallar. La Revolución bolchevique en Rusia fué considerada como nada más que el preludio de una serie de revoluciones en el Occidente que habrían de culminar en la comunistización de Europa y, con el tiempo, de todo el mundo».

Cuanto más se piensa en ello, más sorprendentes parecen algunas de las cosas que sucedieron durante estos pocos años críticos en los que el poder soviético, cualquier clase de poder, en realidad, había desaparecido por completo de vastas porciones de lo que habían sido poco antes los inmensos, casi interminables, dominios de la Rusia de los zares, territorios que fueron quedando dentro de unas fronteras nacionales en estado de permanente expansión, para continuar allí, cualesquiera que las circunstancias pudiesen ser.

Así, la autoridad de Moscú, ahora comunista, se fué extendiendo de nuevo, sin tropezar casi nunca con serias dificultades, más allá de los lugares y territorios que habían quedado separados de todo el poder y hasta de toda la influencia soviética por la presencia de «gobiernos independientes o movimientos por el Asia central, Transcaspia, Transcaucasia y la Siberia. Por lo tanto, la mayoría de las veces en que los dirigentes soviéticos hablaban del Este durante este período, pensaban en Bakú, Batum, Tashkent y Tiflis, más bien que en Pekín, Teherán o Ankara. Por muy importante que Asia pudiese haber sido, no era mucho lo que podía hacer en los primeros días, mientras había cosas urgentes a que dedicarse más cerca de casa». Y, finalmente, la «guerra civil; la intervención extranjera y el bloqueo exterior habían creado una situación en la que había tanta confusión, sufrimiento, violencia y privaciones que era a duras posible para los dirigentes bolcheviques echarse sobre sí la tarea adicional de concentrar la atención en Asia».

Pero, evidentemente, Asia estaba esperando a que por la Rusia soviética se crease una cierta sensación de normalidad para hacer posible la reanudación de la marcha—o de la consolidación en cualquier caso—de lo que desde hacía tantos años había sido el campo más significativo y provechoso de la expansión imperial zarista.

JAIME MENENDEZ.

Fusées et Astronautique, obra publicada bajo la dirección de CAMILLE ROUGERON y JEAN BODET. Larousse, París, 1964; 415 págs., ilustrada.

Un completo equipo de especialistas (Corbeau, Narbonne, Joffrin, Perrin, Villevielle y Ganzit), bajo la dirección de Rougeron y Bodet, han redactado esta excelente obra que aparece magníficamente editada y enriquecida con innumerables ilustraciones, muchas de ellas a todo color.

El cohete implica dos vertientes dotadas de la máxima actualidad e importancia: arma de guerra y propulsor de la astronáutica. Como en el prólogo afirma Rougeron—que en sus colaboraciones en esta REVISTA ha dejado impreso el sello de una difícil maestría—, «la técnica de los cohetes se desarrolla a una cadencia extremadamente rápida. Han sido suficientes unos años para que a los ingenios soviéticos de 1955 de alcance medio de un millar de kilómetros hayan sucedido los ingenios de alcance intermedio, más tarde intercontinental y después global. La modernización de un ejército de tierra, de mar o de aire consiste hoy en su equipo de cohetes, el único «vector» capaz de perforar las defensas». Los cohetes, como vehículos portadores de los ingenios nucleares, han alterado los rumbos de la política internacional de las presentes décadas, originando el actual «equilibrio de terror», bajo cuyo signo se desarrollan los acontecimientos de envergadura mundial. Por ello, el conocimiento del tema es siempre interesante para el hombre de nuestros días, cuya existencia transcurre, angustiada, por la eventualidad de una contienda nuclear.

Pero el cohete, junto a esta vertiente trágica, es también el vehículo que permite al hombre lanzarse al Cosmos, el instrumento que permite hacer, gradualmente, realidad el viejo sueño de la Humanidad, ya acariciado en Babel, de trepar al firmamento. Se había anunciado, con gran lujo de detalles, que el fenómeno espectacular del Año Geofísico Internacional (julio 1957-diciembre 1958) sería el lanzamiento de satélites artificia-

les norteamericanos. En contra de todas las previsiones, el 4 de octubre de 1957 colocaba la U. R. S. S. en órbita al «Sputnik I», despertando la máxima sensación universal, y a éste seguía, el 3 de noviembre, el «Sputnik II». Con ellos se abría la gran carrera espacial, que había de ser compartida por los Estados Unidos desde el 1 de febrero del año siguiente, en que era colocado con éxito el «Explorer I». Lo que parecía iniciarse con unos objetivos puramente científicos, revelaba un alcance insospechado, porque los éxitos espaciales logrados en los últimos años por norteamericanos y soviéticos han concitado tal caudal de admiración y respeto entre las muchedumbres de todo el mundo, que ambas potencias se ven en la necesidad de superarse mutuamente en cada momento para conservar su prestigio internacional. Los miles de millones de dólares y rublos que se invierten en esta empresa, a la que se asignan incesantemente objetivos más ambiciosos, expresan, del modo más elocuente, la vital importancia que representa para las superpotencias el triunfo en esta confrontación. Si el éxito corona, como es de suponer, estas reiteradas pruebas, puede quedar definitivamente abierto para la Humanidad el camino de los viajes interplanetarios, siendo imprescindible para las dos grandes superpotencias superar a su rival consiguiendo anticiparse en la instalación de sus bases en los más próximos cuerpos celestes. La primera de ellas que logre poner pie en la Luna, puede provocar consecuencias incalculables para el porvenir.

Por esto se comprende el alto interés que ofrecen obras como la que comentamos, que sintetizan los aspectos más diversos de la cuestión, poniéndolo al alcance del público no especializado, y esto explica también por qué se dedica tanta atención a la divulgación de estos temas. *Fusées et Astronautique*, en tal sentido, nos parece que ha logrado la máxima perfección en el objetivo que se ha propuesto, ya que no ha descuidado ninguna de las múltiples facetas del tema. Así, la mención de los 19 capítulos que integran el volumen, descubre la completa información que resume: El cohete, declive y renacimiento (Rougeron), Propulsión por cohetes (Bodet), El cohete de pólvora (Corbeau), El cohete de líquidos (Corbeau), Los aviones-cohetes (Narbonne), Ingenios dirigidos (Joffrin), Los «misiles» (Narbonne), Ingenios balísticos y semibalísticos (Rougeron), Ingenios y guerra nuclear (Rougeron), Cohetes y satélites artificiales (Bodet), Ingenios anti-ingenios (Rougeron), Navegación espacial (Joffrin), Satélites científicos (Perrin), Satélites y telecomunicaciones (Perrin), Cohetes y satélites meteorológicos (Villevielle), Satélites militares (Rougeron), Condiciones físicas en el espacio (Cauzit), Los nuevos sistemas de propulsión espacial (Bodet) y Hacia la Luna y los planetas (Bodet).

Sin mengua del rigor científico, se ha logrado hacer asequible al gran público tan vastos y profundos conocimientos como los que estos temas implican. Las fotografías, diagramas y cuadros, prodigados en toda la obra, multiplican la eficacia. Y el cuadro general de lanzamiento de satélites y sondas espaciales—que recoge todas las informaciones conocidas hasta el 30 de noviembre de 1964—permite seguir fácilmente la apasionante carrera espacial.

JULIO COLA ALBERICH.

KRETZSCHMAR, WINFRIED W.: *Auslandshilfe als Mittel der Aussenwirtschafts- und Aussenpolitik*. München, 1964, R. Oldenbourg Verlag, 256 págs.

La realidad que después de la segunda guerra mundial invade el campo de relaciones internacionales bajo el concepto de la «ayuda exterior», implica una serie de problemas no solamente económicos, sino también políticos, militares y humanitarios. Y puesto que los Estados Unidos son el país por excelencia de entre los que vienen prestando, sin cesar, ayuda económica a diversos países del mundo, consideramos como muy acertado el presente trabajo, cuyo objetivo reside en estudiar la ayuda exterior norteamericana desde 1945 hasta 1956-1957. Arroja luz sobre diferentes aspectos de la misma, hasta ahora conocidos sólo parcialmente.

En efecto, el estudio que forma parte, como tomo 21, de la serie «Documentos e

informes» del «Instituto de Investigaciones de la Sociedad Alemana de Política Exterior», de Bonn, es uno de los más perspicaces y realistas que se hayan publicado, hasta ahora, al respecto. Porque si, por un lado, evidencia la necesidad de una ayuda exterior, de un país u otro, a áreas económicamente débiles o en desarrollo, o que por alguna circunstancia se encuentren, momentáneamente, en una crisis, sobre todo económica, por el otro resulta que el hecho puede provocar efectos exactamente contrarios, en contra del país que presta ayuda. Este es el ejemplo clásico de los Estados Unidos de América.

No cabe duda de que hay una relación íntima entre la situación económica de un país y su política exterior. Tampoco se puede negar que un determinado sistema político influya en este sentido. Por tanto, hay muchos norteamericanos que están en contra; otros tantos, a su vez, en pro de un programa de ayuda exterior. Claro está, lo más importante es hasta dónde llega la eficacia de tal ayuda. ¿Es justo, por ejemplo, que el país que recibe ayuda tenga que estar, necesariamente, agradecido al que la presta? Es un punto muy delicado, y el autor lo enfoca con gran realismo. La respuesta es, sencillamente, no. Porque lo que los países económicamente débiles buscan, es igualdad de condiciones en el trato mutuo. Ello, por razones políticas o nacionales. Ningún país quiere ser menos que otro, por muy pequeño o insignificante que fuere. Salta, entonces, a la vista el fondo psicológico del problema. Con toda razón, se trata de la psicología de masas... Y la política exterior norteamericana no es en este sentido, precisamente, la más ejemplar. Ningún país está dispuesto a depender de otro. Tiende, más bien, a «cooperar...».

Puede darse el caso de que a un país se le pretenda atraer al bloque occidental concediéndole una importante ayuda económica. Sin embargo, un país de estas características de juego político dispone de ciertos medios para seguir recibiendo, e incluso para que se le aumenten determinados fondos, jugando la carta «procomunista», o al menos «socialista» (Egipto=R. A. U.), o si es comunista, por la naturaleza de las cosas (la Yugoslavia de Tito), presentándose como «neutral», aunque todo el mundo sabe, incluyendo a los estrategas norteamericanos, que Belgrado nunca abandonaría el campo ruso-soviético. Porque si es posible construir el «socialismo y el comunismo» con medios capitalistas, imperialistas o colonialistas, ¿por qué no hacerlo?

Aducimos sólo estos ejemplos, para no complicar las cosas. El autor encontrará, sin embargo, más ideas a este respecto, ideas que le obligarán a profundizar la cuestión de la ayuda exterior de la segunda postguerra. Si reduce su examen a sólo tres países que recibieron ayuda económica de parte de los Estados Unidos, es porque quería poner de relieve la diferencia entre unas posibilidades y otras: China (hasta la retirada del gobierno de Chan-Kai-Chek a Formosa en 1949), Gran Bretaña y Alemania occidental. Al parecer, sólo en el caso de la República Federal de Alemania se puede hablar de sentimientos de gratitud hacia el pueblo norteamericano por su ayuda después de la catástrofe de 1945. Evidentemente, cualquiera de estos tres casos pudiera aplicarse, teóricamente, a algún país en desarrollo, lo que actualmente llamamos «Tercer mundo» (= «neutral—ista»), sin embargo, no existen ni reglas ni aplicaciones generales tampoco generalizadas. Cada país necesitaría un examen particular... Lo que pasa es que la ayuda norteamericana, una vez concedida y recibida, suele despertar sentimientos anti-americanos en los Estados de destino. Hecho curioso, pero innegable. El aspecto positivo del problema consiste en que ya los propios norteamericanos vienen dándose cuenta de esta anomalía, por lo cual es de esperar que el gobierno estadounidense buscará nuevas formas de ayudar al mundo en desarrollo. ¿Ya era tiempo? Puede que sí.

Nos encontramos ante un estudio concienzudo, documentado y, según ya hemos dicho, muy realista. Es de suponer que el autor extienda sus intereses incluso a los demás países que vienen recibiendo ayuda económica no solamente estadounidense, sino procedente, también, de otros países. Es, por cierto, un campo relativamente nuevo en cuanto a una especialidad en la vida internacional. De todos modos, y según nuestra opinión, el autor del presente libro promete mucho.

El patrocinio de este estudio corresponde a la «Sociedad Alemana de Política Exterior», según decimos al principio. Este hecho pone de relieve la importancia de «ayu-

RECENSIONES

das exteriores» de parte de naciones más desarrolladas a las más débiles. Es lógico que así sea, sólo que nuevos tiempos requieren nuevas estructuraciones basadas, a su vez, en nuevas ideas. Un apéndice estadístico y fuentes relacionadas con el problema en cuestión actualizan, convenientemente, las consideraciones del autor. El único defecto consistiría en que el autor no llega sino al año 1956. La actualidad del libro que estamos comentando requiere, por consiguiente, que Kretzschmar prepare otro estudio sobre la ayuda norteamericana al exterior que se extendiera hasta 1965. Y quizá otro, que se refiriera a los demás Estados desarrollados que prestan, o estén en condiciones de prestar, ayuda de esta clase, incluyendo a los del bloque ruso-soviético, cuya contribución es, hasta ahora, más bien propagandística que efectiva.

S. GLEJDURA.

PAX CHRISTI: *Guerre révolutionnaire et conscience chrétienne*. París, Editions, 1964, X más 268 páginas.

Tenemos que tan actual como pueda ser el tema de la guerra atómica, lo es el de la guerra revolucionaria. Esta se ofrece—por monseñor Théas—como la forma más conseguida de guerra total, como guerra que destruye psicológicamente al hombre y disgrega las sociedades. En ningún momento de la Historia se encuentra una empresa que se haya dirigido a sus objetivos con tanto cinismo y eficacia, y que haya estado tan universalmente extendida o amenazante. Así la caracteriza el mencionado prelado.

Y a la configuración de monseñor Théas—en el prólogo del libro reseñado—puede añadirse la caracterización que lleva a cabo René Coste, en la introducción al mismo. En ella, nos sitúa—bajo una óptica cristiana—en la verdadera perspectiva del asunto. La guerra revolucionaria se perfila como un fenómeno crucial de nuestro tiempo con una realidad proteica, como guerra total en razón de que va dirigida contra las almas y contra los cuerpos.

* * *

La primera parte del volumen se ocupa de la teoría de la guerra revolucionaria. Y ella se abre con una estimación de René Rémond—profesor de la Escuela de Ciencias Políticas de París—, en la que se trazan las grandes líneas de la historia de la noción de la guerra revolucionaria. Tras esos lineamientos—ocho páginas—, Robert Darsac analiza la profundidad del fenómeno, describiendo la morfología de la guerra revolucionaria. Primero, relatividad y teoría. Después de la teoría, se entra en el análisis de los elementos constitutivos de la guerra subversiva: el terreno, la población, el papel del jefe, el terrorismo (que, con sentido político, no debe ser exagerado), el apoyo exterior, la motivación (carburante de toda insurrección), la propaganda y la organización de las poblaciones.

Otro aspecto enjuiciado, dentro del epígrafe de la morfología de esta clase de guerra, son los estadios de la misma. ¿Cómo pueden combinarse sus distintos factores? ¿Qué categorías pueden deducirse de las experiencias recientes? El mentado autor penetra en la problemática relativa al golpe de Estado, a las insurrecciones de tipo primitivo, a los modelos reducidos e imperfectos de guerra revolucionaria y a los ejemplos tipo de esa guerra (China y Vietnam).

Aquí es de advertir que la acción psicológica no basta en numerosos casos. Ella no es más que la antecámara de la victoria. Encuadradas las masas, se impone montar el aparato militar. Estamos ante el perfil del «pueblo armado». Esta valoración concluye con la exégesis de las cinco fases de Trotsky—esquema que únicamente los vietnamitas («eternos buenos alumnos») han seguido punto por punto—.

El último capítulo de esta parte presenta los *handicaps* con que se enfrenta el Occi-

RECENSIONES

dente ante la subversión generalizada. Así tenemos, por ejemplo, el asunto de la necesidad de un *soldado de tipo nuevo*.

* * *

La segunda parte de la obra comentada se titula *Geopolítica de la guerra revolucionaria*.

Tal estimación se inicia con el enfoque de la Revolución soviética. A ella se dedican diez páginas, por el P. Jean-Yves Calvez—del Instituto Católico de París y especialista en cuestiones marxistas—. Más espacio ocupa la evaluación de la experiencia china, que corre a cargo de M. Percheron. (De la experiencia china, el lector verá los tres aspectos fundamentales: la conquista revolucionaria del poder; la transformación revolucionaria de un Continente y la política revolucionaria en el Extremo Oriente.) Todavía recibe mayor atención la guerra de Indochina. Esta la estudia Roberto Darsac, que sirvió en las filas del Ejército francés en Indochina, donde pudo observar el país y sus habitantes. E interesa destacar que, a juicio de este autor, tal guerra representa el tipo más perfecto de guerra revolucionaria. Jacques Duquesne—redactor en «La Croix» de París—hace la síntesis de otra muestra de guerra revolucionaria: el conflicto argelino. Seguidamente, François Roussel da una interpretación de otro teatro de una guerra revolucionaria: Cuba.

Mas he aquí que la guerra revolucionaria no es fenómeno del pasado, sino que es una presencia acuciante en diversos lugares del globo, mientras en otros se está incubando. Tal circunstancia justifica que un apartado final de esta parte se refiera a extremos como el derecho de los pueblos a la autodeterminación, la potencia y la impotencia de los «miséreux» (teniendo en cuenta que, si la guerra revolucionaria es, a veces, la guerra de los idealistas, frecuentemente es también la de los miserables), etc.

* * *

Y llegamos a una faceta cumbre de toda esta inmensa cuestión: frente a las realidades de la guerra revolucionaria, la conciencia cristiana no puede quedar insensible, ni inactiva.

Ahora bien; ante la gravedad de su problemática, no ha de extrañar que, con vistas a forjar un apropiado comportamiento, se sienta la urgencia de buscar, y encontrar, algunos puntos clave, seguros. Ese es el cometido de la tercera parte del volumen reseñado.

En tal sentido, primeramente René Coste examina la doctrina de Pío XII en torno a las realidades de esta clase de guerra y del Episcopado francés ante la guerra de Argelia. El mismo autor se preocupa de analizar el problema de la legitimidad de principio de la guerra revolucionaria.

Reflexiones generales a las que siguen las centradas sobre el problema de los *métodos específicos* de la guerra revolucionaria. Estos métodos han sido inventados y aplicados por los revolucionarios con una preocupación de *eficacia*. Y surge la cuestión: *¿eficacia o negación de la conciencia?, o ¿fidelidad a la conciencia o ineficacia?* Respuestas a estas tremendas interrogaciones vienen del P. Péninou, capellán militar paracaidista y que ha conocido de cerca las singularidades de esta clase de guerra, tan de nuestro tiempo. Las 36 páginas de tal enjuiciamiento nos aportan un aire esperanzador. Nos explicaremos: nos ha satisfecho ver que, en esta materia, no afloran los *dilemas* como algunos—bobaliconamente o perversamente—querrían. Parejamente, se nos suministran soluciones *firmes*. Léanse, léanse páginas como éstas. Lo fundamental: el comportamiento humano.

Esa defensa del hombre volverá a registrarse en la conclusión—del citado Coste—, con atinadas observaciones sobre el sentido del *cristiano en la tormenta*.

Cierra el libro una bibliografía sistemática elaborada por René Coste.

LEANDRO RUBIO GARCIA.

RECENSIONES

HILDEBRANDT, DR. WALTER (editor): *Modern World, 1963-64*. Verlag Kiepenheuer & Witsch-Köln. Berlin, 1965, 166 págs.

Ahora que continúan—continuaban, por lo menos, en el momento de escribir estas líneas—las conversaciones del desarme en Ginebra, en que de nuevo se están haciendo grandes, a veces fabulosamente grandes, exportaciones de trigo a la Unión Soviética y que sigue también la guerra del Vietnam, donde parece probable que, además de las bajas que se vienen registrando entre las principales fuerzas contendientes, norteamericanos y survietnamitas por un lado, Vietcong y Vietnam del Norte por el otro, haya también alguna baja rusa, por lo menos entre el personal de las bases de proyectiles tierra-aire establecidas en las proximidades de Hanoi, sigue teniendo actualidad, sin duda, un tema como el de la coexistencia. Se ha dicho o se ha insinuado, por lo menos, que la conducta de la guerra del Vietnam sería muy distinta, desde el lado norteamericano, que es el fundamental, a no ser por el temor a complicaciones con la Unión Soviética. O a no ser por el interés decidido en evitar, en la medida de lo posible, todo aquello que pudiese forzar a la U. R. S. S. a tomar posiciones en favor del Vietnam del Norte (y del Vietcong) más claras y decisivas que las ya tomadas hasta entonces.

Y sigue teniendo una actualidad grande y palpitante el tema de la guerra en general y, por supuesto, el del desarme también. Son temas que, de una manera u otra, parecen verse convertidos ya en cuestiones de interés permanente. A la conservación, en cualquier caso, de este interés, tal vez a aumentarlo también, habrá contribuido algo este volumen que se presenta como una «revista anual de las relaciones internacionales y la ciencia política» y que es una buena demostración adicional de que la Alemania Occidental es hoy el país donde se realizan algunos de los estudios e investigaciones de mayor importancia para el conocimiento del estado de las relaciones entre los mundos comunista y no comunista, y de las condiciones en que se desarrollan.

Sería insistir sobre lo evidente si se dijese que el tema de la coexistencia tiene un interés continuado y actual. Sin alguna forma de coexistencia, no sería posible esa venta de fábricas de productos químicos inglesas a la U. R. S. S. en las condiciones especiales de las operaciones comerciales a largo plazo, que resultan de más fácil realización cuando se cuenta con el apoyo gubernamental como garantía de los créditos concedidos. Y no sería posible llevar a cabo una sola operación—y no es la primera—como esa venta de una gran cantidad de trigo francés, por no decir nada del trigo canadiense o argentino, aun en el caso de tener en cuenta la posibilidad de que alguna vez fuesen hechas con pagos al contado.

Para estas cosas—y muchas más—hace falta alguna forma de coexistencia. Esto es evidente. Como parece serlo el propósito aparente de mantener por lo menos unas condiciones mínimas favorables al desarrollo de unas relaciones de esta clase. Y para aumentarlas también, hasta hacer posible hablar, como se ha hecho más de una vez, de los proyectos de la gran firma alemana Krupp de montar una importante sucursal en Polonia, o de la «construcción de puentes» entre la Europa occidental y oriental, como ha pedido reiteradamente el presidente de los Estados Unidos.

Ante una situación así, pudiera parecer un poco ingenua la pregunta, uno de los temas principales de esta obra: «¿Es la coexistencia con la Unión Soviética posible?» Claro, que se trata aquí de algo distinto a las relaciones de carácter económico e incluso a esas actividades de índole cultural, a las que se ha dedicado una atención especial en el desarrollo un tanto vacilante de las relaciones entre los Estados Unidos y la U. R. S. S. Se trata, por encima de todo, de analizar la posibilidad o las perspectivas de una coexistencia pacífica que aleje de una manera concreta el peligro de la guerra entre los mundos comunista y no comunista. Por eso se considera especialmente oportuno iniciar el desarrollo de una tesis cuyo objetivo parece dibujarse con mucha claridad desde el primer momento con una cita del ya depuesto Nikita Jruschev: «No infrecuentemente—dijo a fines de 1959—tiene uno que escuchar las consideraciones de los

políticos de los países occidentales sobre si las propuestas de coexistencia pacífica hechas por la Unión Soviética deberían ser «aceptadas» o «no aceptadas». Me parece que tales deliberaciones reflejan la incapacidad de comprender la esencia del problema. Lo que va implícito aquí es que la coexistencia pacífica en nuestros días es un hecho real en la situación mundial presente y en el estado actual de la evolución de la sociedad humana. Los dos grandes sistemas de la sociedad que existen en el mundo de hoy están en posesión de sistemas de armas capaces de infligir resultados catastróficos una vez puestos en marcha. Quienquiera que declare que no reconoce la coexistencia pacífica y se vuelva polemizador sobre esto, está, *ipso facto* en favor de la guerra».

Pero bastaría con seguir un poco más allá para darse cuenta—en el caso de que hubiese todavía sitio alguno para la duda o, quizá, la indecisión—de que en un mundo donde las mismas cosas cuentan con definiciones distintas o cuando lo que parecen ser las mismas definiciones describen cosas completamente diferentes, resulta difícil, acaso imposible, una coincidencia de apreciaciones y pareceres, por no decir nada de la comprensión. Aunque no se ha llegado, se nos informa aquí, a tenerse todavía una definición oficial de la coexistencia que dé expresión al sentido que tiene esta palabra fuera del «campo socialista», resulta fácil, relativamente, llegar a la conclusión de que es una expresión que parece «irreconciliable con las guerras de agresión o los incidentes fronterizos preparados deliberadamente por un país contra otro. Debería también excluir toda interferencia en los asuntos internos de otros países».

Apenas se habla de la guerra, sobre todo en estos tiempos de discusión y polémica, se advierte que se ha entrado en un terreno erizado de dificultades. En un capítulo anterior, sobre «El punto de vista soviético de la guerra y el desarme», se llama la atención—y se hace mucho por explicarlo también—sobre «los siguientes conceptos en la doctrina soviética de la guerra (que) recibirán un trato especial:

1. Guerra y el carácter de la guerra.
2. Guerra justa e injusta.
3. Guerra civil y guerra de guerrillas.
4. Guerras de liberación nacional.
5. Guerra para la defensa de la patria socialista.
6. Guerra revolucionaria.
7. Internacionalismo proletario».

Estó se complica mucho, evidentemente. Pero no sería difícil hacer que se complcase un poco más. Con definiciones o explicaciones sobre cualquiera de estos apartados. Con una referencia directa a los textos básicos de la teoría marxista, se dice, por ejemplo:

«Guerra justa—*spravedlivaya voine*—. Guerra de una clase oprimida contra la clase opresora, guerras de liberación nacional y colonial, guerras de los pueblos contra la amenaza de esclavitud nacional, guerras del proletariado victorioso para la defensa del socialismo contra los Estados imperialistas. Diferentes clases de guerras justas podrían combinarse para alcanzar un objetivo común.

»Si bien ha habido guerras justas en todos los órdenes sociales, son particularmente frecuentes en el presente. Las guerras justas cuentan con el apoyo entusiasta de la clase trabajadora internacional y de los partidos comunistas y obreros.»

Por eso, ya se trate del desarme o de la coexistencia, parecen ser muy pocas las posibilidades, no ya de llegar a un acuerdo entre el mundo comunista y no comunista, sino de ver la cuestión—o cuestiones—expuestas en términos medianamente inteligibles. Apenas haría falta una manera de definir, o más bien exponer, tan radicalmente contradictoria como la que está a diario en evidencia en las conversaciones entre sí. En las conversaciones sobre el desarme o las negociaciones sobre tratados para la renuncia formal de todo propósito de conservar la guerra como un método de resolución de los conflictos y dificultades internacionales se ha podido observar largamente la poca o ninguna posibilidad de encontrar definiciones igualmente aceptables para todos. Esto se ha acentuado mucho, sin duda, con la presencia—y un desarrollo muy rápido—de unos puntos de vista tan radicalmente opuestos y contradictorios como los que resumen unas formas

RECENSIONES

de vida tan distintas como la soviética y la norteamericana. Unas formas que son, hoy por hoy, la expresión de una situación que, por su naturaleza misma, lleva dentro de sí la semilla de la rivalidad y el conflicto.

De ahí que, al hablar del desarme, se advierta que las discusiones de Ginebra han brindado la ocasión para pensar en el sentido o la significación que conceptos como «paz», «guerra» y «desarme» tienen por el lado comunista. «Al hablar con los soviets, una persona podría resultar fácilmente engañada en lo tocante al sentido de las palabras que se emplean.»

Y al hablar de la coexistencia pacífica, se siente la necesidad de pensar no sólo en las palabras que sirven para hacer definiciones, susceptibles de tener un valor y sentido que varía con el lugar y la posición, sino en las intenciones. Esto es lo que ha inducido a recordar la descripción que hace Lenin de las relaciones entre el compromiso y la fuerza:

«En la actualidad, nos encontramos—dijo—entre dos enemigos. Si resulta imposible ganar contra ambos, tenemos que agrupar nuestras fuerzas de tal modo que ambos empiecen a reñir, porque cuando dos ladrones se tiran el uno a los pelos del otro, el hombre honrado siempre gana. Pero tan pronto como lleguemos a ser lo suficientemente fuertes como para derrotar al capitalismo en su totalidad, inmediatamente habremos de echarnos sobre su garganta.»

JAIME MENENDEZ.

